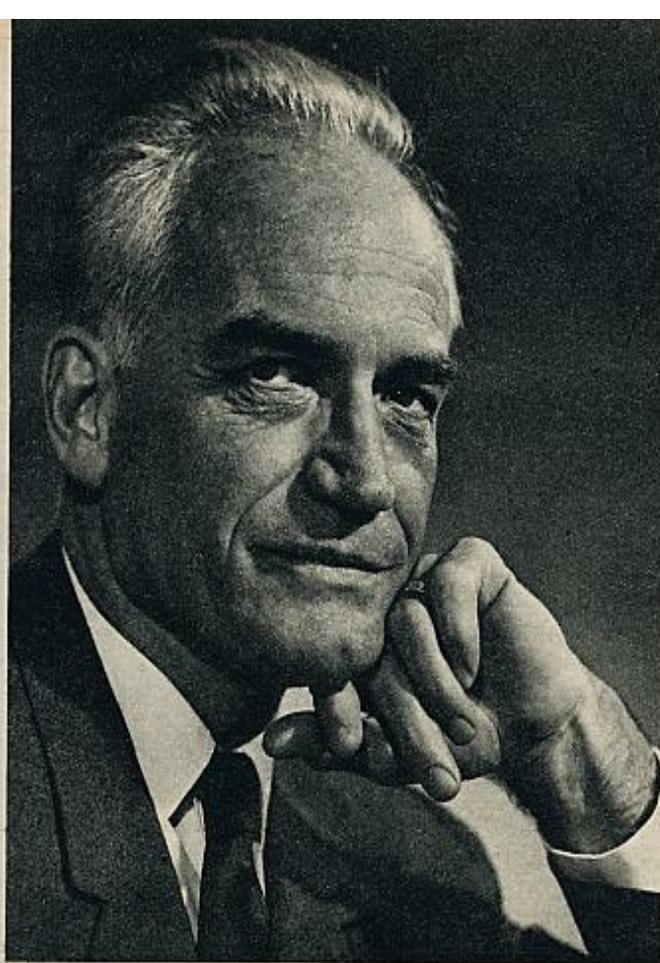


# APARECE GOLDWATER

Por EDUARDO HARO TECLEN



El senador Goldwater. Hay quien cree que, con su nombramiento como candidato, haría desaparecer para siempre de la escena política a su partido.

**G**OLDWATER aparece ahora con una nueva fuerza en el panorama electoral de los Estados Unidos. Hace unos meses, cuando Kennedy vivía, el senador Barry Goldwater era un bufón en la política norteamericana. Aún a principios de año sus amigos creían que la defensa de Goldwater como candidato republicano a la Presidencia de los Estados Unidos era una causa perdida, una causa romántica. Ahora, en estos días, hay que considerar seriamente la posibilidad de que Goldwater sea nombrado oficialmente candidato por la Convención republicana, y muchos viejos republicanos consideran que ésta va a ser una catástrofe para su propio partido. Todas las previsiones indican que en las elecciones presidenciales el candidato demócrata, Presidente Johnson, va a ser elegido, y el candidato republicano será inevitablemente derrotado. Pero el partido republicano espera, y no sin cierta razón, que su derrota sea honorable y esperanzadora, por un escaso margen de votos. Tienen que presentar un candidato que pueda perder estas elecciones sin quemar el partido con él: muchos de los "sabios" republicanos temen que con Goldwater la derrota sea una catástrofe. Hay quien cree —como Thomas E. Kuchel, republicano, senador por California— que el nombramiento de Goldwater como candidato podría hacer desaparecer para siempre su partido y acabar con el tradicional sistema norteamericano de partidos turnantes en el poder. Muchos esperan que el general Eisenhower, que descansa y escribe en su casa de ciencia ficción en Palm Desert —un pequeño mundo de millonarios a ciento cincuenta kilómetros de Los Angeles—, pronuncie unas palabras condenando a Goldwater, o simplemente inclinándose a favor de cualquier otro candidato. El peso de la opinión del general retirado es trascendental en el partido republicano, como lo fue en tiempos la del desfalleciente Herriot en el partido radical francés —que acabó por hundirse en la nada—. Pero Eisenhower parece decidido a no inmiscuirse. Lo más que se espera de él es que en caso de punto muerto en la Convención, apunte por uno de los candidatos empatados. Se duda seriamente de que llegue este caso: Goldwater está llevándose todos los votos en las elecciones primarias, y no se espera más que las del Estado de California —el 2 de junio— para considerarle como vencedor seguro en la Convención.

¿Por qué ha ascendido Goldwater con esta velocidad? Muchos de los observadores de la política de los Estados Unidos creen simplemente que es por defecto de otros candidatos. Rockefeller parece condenado por su frivolidad aparente y por su matrimonio con "Happy" Murphy, divorciada y con cuatro hijos de su primer matrimonio —"Preferiría tener a Liz Taylor en la Casa Blanca que a Happy Murphy", ha dicho una influyente dama republicana—; el gobernador Romney no ha sabido salir de la política local de su Estado y su republicanismo está en plena revisión; el gobernador

Scranton parece decidido a abandonar la política dentro de tres años; otros candidatos resultan escasamente populares. Solamente Cabot Lodge parece tener una posibilidad de ocupar el lugar de Goldwater. Los republicanos sensatos están haciendo en estos momentos el mayor esfuerzo de propaganda en su favor. Es su gran esperanza, y tratan de sacar a Eisenhower de su calma para inclinarle a él. Lodge tiene algo grave en contra: se está quemando en el puesto de embajador de los Estados Unidos en el Vietnam, donde las fuerzas norteamericanas —y, por consiguiente, la política norteamericana— están en estos momentos a punto de tener una catástrofe grave. A punto de perder dramáticamente una guerra. Es posible pensar que Cabot Lodge no es enteramente responsable de esta situación; pero su nombre está irremediablemente envuelto. Es superficialmente cierto, en vista de ello, que Barry Goldwater va velozmente hacia adelante porque no tiene nadie importante frente a él: la crisis del partido republicano le favorece. Pero yo creo que la cuestión es más profunda. Creo que en Estados Unidos se está radicalizando por primera vez la opinión política en dos sentidos: conservadores y liberales. O, si se quiere expresar en otros términos, derecha e izquierda. Hasta hace poco tiempo la política de los republicanos y los demócratas se diferenciaba escasamente. Cada partido esbozaba un programa circunstancial al aproximarse las elecciones. La lucha electoral se basaba en nombres personales, en posibilidades de publicidad y de propaganda. La irrupción de Kennedy destruyó esta organización. Kennedy se decidió por el liberalismo, se decidió por la izquierda. Dejó de hacer una política pequeña para abordar una gran política. Si hasta entonces la doctrina general americana era la de la constitución y la de la tradición, y la política era administrativa exclusivamente, a partir de Kennedy comenzó una creación de doctrina nueva desde la Presidencia. Era de esperar que en el ala conservadora del país surgiese una reacción semejante, una radicalización de posiciones. Para esa reacción no valía ya el juego ambiguo de los candidatos republicanos tradicionales: el extremismo de derechas de Goldwater es, en cambio, muy representativo. Para muchos ciudadanos de los Estados Unidos —y de fuera de ellos— ese extremismo toca los límites de un fascismo. Yo no creo que llegue tan lejos. El fascismo de fondo existe en muchos sectores de opinión de los Estados Unidos, desde las ligas y clubs de fanáticos —como la "John Birch Society"— hasta algunos generales rezongones, pasando por las asociaciones racistas y, naturalmente, por el pequeño partido nacional socialista. Goldwater no está en ese punto: pero si conquistase la Casa Blanca podría ser el Presidente bajo cuya égida se desarrollase el fascismo norteamericano.

En realidad, la doctrina de Goldwater, que no es un intelectual, puede resumirse en pocas palabras. En una frase de él: "La nación más fuerte del mundo no puede actuar como si fuese la más débil". De esta **SIGUE**

el nuevo  
trilux®  
de INTER

# ¡TRIPLEMENTE REVOLUCIONARIO!!!



## El primer televisor en España con pantalla óptica intercambiable

La pantalla óptica **duroglass**, incorporada a los nuevos modelos **trilux** de INTER, ha sido científicamente estudiada por los laboratorios de la **PITTSBURGH PLATE GLASS COMPANY**, en Pittsburgh (EE. UU.) y su resultado es triplemente revolucionario porque:

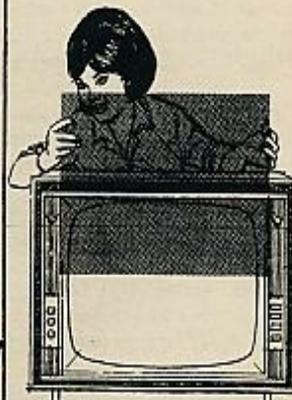
**1.º Es INALTERABLE** en transparencia y colorido. No introduce, por lo tanto, deformaciones ni reflejos en la imagen.

**2.º Es ANTIESTÁTICA**. Un tratamiento especial la

convierte en una superficie pulimentada antiestática con indiferencia absoluta ante cualquier partícula de polvo. En un **trilux** de INTER el polvo no penetra y la parte exterior permanece en estado de equilibrio eléctrico, **absolutamente limpia**.

**3.º Es INTERCAMBIABLE**. Puede escogerse en tres tonos reposados. La visión es suave, sin molestias. Asegura el máximo descanso visual aun en casos de larga permanencia ante el televisor.

a la medida de sus ojos



Usted puede escoger en su Distribuidor INTER su modelo **trilux** con la pantalla óptica intercambiable en el color que desee:

**NEUTRO** - (blanco antiestático)  
**FUMÉ** - (gris telstar)  
**TOPACIO** - (ambarino suave)



**trilux®**  
de

# INTER

No se conforme con un televisor tres veces menos moderno

frase se desprenden todas las posiciones políticas que ha defendido el senador: hay que desembarcar en Cuba a toda costa; si este desembarco trae una ofensiva soviética en Berlín, hay que guerrear con los soviéticos en Berlín. Hay que inundar el sudeste asiático de fuerzas americanas, y hay que atacar a los comunistas dentro de sus territorios —desde el Vietnam del Norte hasta China, si es preciso—. Hay que terminar con la coexistencia con Moscú. Con respecto al problema negro, su posición es curiosa. Se declara partidario de la integración racial, pero cree que el Gobierno Federal no debe intervenir en el Sur, y que el Sur debe arreglar como quiera sus propios problemas: "Yo soy un hombre de Arizona —dice— y no creo que tenga derecho a decir a un sudista cómo tiene que resolver su problema" (los votos del Sur en las elecciones primarias le están lloviendo). Es partidario de una aplicación férrea de las leyes, hasta el punto de que ha declarado que no consideraría excesivo si un tribunal internacional —con el que sueña— declarase nulas y sin valor algunas cláusulas de la Constitución de los Estados Unidos.

En estos días, Barry Goldwater está haciendo un esfuerzo prácticamente mortal para asegurarse su elección en la Convención republicana. Quienes le siguen de cerca dicen que está viviendo sobre sus nervios. Hace unos días, en Atlanta, dio un brutal empujón a una muchacha que pretendía colocarle un gorro blanco de propaganda electoral, y apartó el micrófono de un repórter de la radio diciendo: "Quite de delante de mi esta maldita cosa". "Se me ha deformado la espalda —dice— por el asiento del avión". En efecto, los organizadores de su elección le hacen viajar incansablemente. Ahora ha decidido que la campaña de San Francisco va a ser la última que haga, excepto en el caso de que la Convención le elija candidato y tenga que lanzarse de nuevo a los aeropuertos, a los apretones de mano, a los odiados micrófonos. Cuando termine la elección primaria de California se irá a descansar a su fabulosa casa de Phoenix, donde realmente todo está dispuesto para que Barry Goldwater no tenga que mover un dedo. Construida en piedra de Moenkopi, que según el propio Goldwater tiene ciento sesenta millones de años —lo cual es una excelente base para su conservadurismo—, está repleta de toda clase de "gadgets". En el jardín tiene una pequeña cascada artificial: un sistema de micrófonos y altavoces lleva el sonido del agua hasta el interior de la casa, porque es grato para sus oídos. Tiene una bandera sobre un alto mástil: en él, una célula fotoeléctrica hace que la bandera baje sola a la puesta del sol, y que se eleve al amanecer. Toda la casa está plagada de estos pequeños inventos. Y no sólo la casa, sino sus automóviles y sus dos aviones personales —Goldwater, que tiene ahora cincuenta y cinco años, fue piloto durante la guerra mundial— están trufados de aparatos que facilitan la vida a su propietario. Es natural que las molestias de la campaña electoral le agoten.

Johnson tiene menos que temer de la candidatura de Goldwater que de la de cualquier otro candidato republicano. Es indudablemente consciente de esta radicalización del pensamiento americano en dos bandos, en derecha e izquierda, pero sabe sin duda que la gran impregnación de pensamiento liberal después de la presidencia de Kennedy es lo suficientemente fuerte como para ampararle, y que al mismo tiempo hay en todo Occidente una corriente de apertura a la izquierda que le favorece en tanto que heredero de Kennedy. Pero, sin duda, no quiere dejarse desbordar por la derecha, y por eso está acentuando estos últimos tiempos una política de reacción. Está embarcándose en dos peligrosas aventuras: la de Cuba y la de Vietnam. No ha conseguido que sus aliados en la OTAN —recientemente reunida en La Haya, y terminada la reunión con un desfallecido comunicado en el que los grandes

problemas se dejan de lado para solamente apoyarse en los dogmas— le apoyen en estos dos extremos. Dean Rusk no ha conseguido convencer a los ministros de Asuntos Exteriores de los otros catorce países de la Organización reunidos en La Haya, de que Cuba es un peligro para los Estados Unidos; menos aún de que el apoyo a los grupos de exilados que tratan de desembarcar en la isla fortalece la paz mundial. El "US News and World Report" decía el 11 de mayo que "hay signo de que los Estados Unidos están dispuestos a dejar en libertad de acción a los refugiados antifidelistas"; el mismo día, el "New York Times" relataba que han desaparecido misteriosamente de Miami los emigrados cubanos que tienen una formación militar y que "han comenzado a circular allí impresionantes cantidades de dinero". En general es toda la política latinoamericana de Estados Unidos la que ha cambiado a partir del nombramiento de Mann en el Departamento de Estado. Es muy probable que Johnson trate solamente de "dar la impresión", de hacer ver que hace, de no permitir de Goldwater le acuse de tibio; pero sin llegar a extremos realmente graves.

Con respecto al Vietnam, el problema es similar. Johnson no se atreve a desafiar a las derechas apoyando la idea francesa de neutralización, que en el fondo sería un abandono. Pero mantener la guerra es exponerse a un desastre militar semejante al que sufrieron los franceses hace ahora justamente diez años. La tesis oficial francesa es la de que lo que ellos no pudieron defender con doscientos mil soldados, los Estados Unidos difícilmente pueden defenderlo con veinte mil. Los Estados Unidos, en efecto, tienen allí cerca de veinte mil hombres y están gastando diariamente millón y medio de dólares en mantener la situación. Admiten que el momento es grave, pero no creen seriamente que les amenace otro Dien Bien Fu. El peligro es otro, y lo define el propio general Giap, que fue el estratega comunista que destruyó el ejército colonial francés de Indochina. "El enemigo —dice Giap— pasará lentamente a la defensiva y será atrapado en un dilema: tendrá que alargar la guerra para intentar ganarla y, sin embargo, sabe que no tiene medios políticos ni psicológicos para combatir en una guerra larga." Esta dramática predicción se va realizando hasta ahora. En realidad no es nueva: describe una guerra más de este curioso tipo de conflictos que se pierden únicamente porque no se pueden ganar, como ha sido el caso de Francia en Argelia. Es decir, las guerras de descolonización. A este respecto, la consigna oficial repetida en los Estados Unidos para contrarrestar las profecías francesas de "un nuevo Dien Bien Fu", consiste en insistir en que Francia perdió porque realizaba una guerra injusta en defensa de un poder colonial, mientras que la acción norteamericana en Vietnam consiste "en apoyar a un Gobierno libre en su lucha contra una agresión comunista". El desarrollo actual de las hostilidades en Vietnam no parece demostrar que los combatientes estén teniendo en cuenta esta diferencia.

La posición actual de Johnson frente a Goldwater consiste en seguir amenazando en Cuba sin precipitar un desastre real, ni comprometerse en una acción suicida que le obligue a una retirada posterior, y continuar manteniéndose en el Vietnam, evitando que se forme en Saigón un Gobierno neutralista, hasta las próximas elecciones. Los dos temas son arriesgados.

El fascismo de fondo existe en muchos sectores de opinión de los Estados Unidos, desde las ligas y clubs de fanáticos hasta algunos generales rezongones. Goldwater no está en ese punto; pero si conquistase la Casa Blanca podría ser el Presidente bajo cuya égida se desarrollase el fascismo norteamericano.

